





# Cenizas del mediodía

CARLOS BARBARITO

Fotografía de portada  
SERGIO BONZÓN

Portada de  
JAVIER MUÑOZ NÁJERA

DR © EDITORIAL PRAXIS  
DR © CARLOS BARBARITO  
Primera edición, 2010

ISBN

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección, formato, son propiedad del editor.

CL EDITORIAL PRAXIS, S. A. DE C.V., Vértiz 185-000,  
col. Doctores, del. Cuauhtémoc,  
06720, México, DF, teléfax 57 61 94 13  
[www.editorialpraxis.com](http://www.editorialpraxis.com)

Carlos Barbarito

CENIZAS DEL MEDIODÍA



## PREMIO DE POESÍA EDITORIAL PRAXIS 2009

El jurado estuvo integrado por  
DANIELA CAMACHO  
SAÚL IBARGOYEN  
JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS

Adiós a un sueño, no se hace  
en la piedra el Paraíso, no hay espacio para el fruto;  
quién almorzará ahora si lo que irrumpe  
es la noche, manteles sucios de ceniza.  
Adiós al pan, al sabor de otra boca  
en la boca propia, al deseo de cebada y centeno,  
plano que se inclina para que rueden,  
esposados, palabra y cosa, hacia el abismo.  
En qué dialecto, por qué gracia,  
a través de que mecánica:  
si ahora viera tu rostro, cualquier rostro,  
lo creería mancha, error de un supuesto Plan  
que debiera ser blanco sobre blanco.  
Hay sangre, verdín, torpeza,  
crimen que no se oculta,  
vulgar locura de marino ebrio,  
Fuego de San Telmo visto por un instante  
desde alguna dársena a la que abandonaron,  
hace mucho, los pájaros. Adiós  
a la topografía, al número primo,  
a la balanza, a la señal en el cielo o la tierra;  
ya no vendré, no vendrás,  
no lloverá ni hará buen tiempo,  
todo será imposible, la voz dirá *no ha lugar*,  
y no habrá lugar alguno.

Todo comienza cuando no hay perdón,  
ni salida hacia una claridad  
al final del pasillo, con una mano débil  
que apenas puede aferrarse al pasamanos,  
cuando es tarde y nadie riega  
el jardín olvidado por la lluvia,  
las palabras arden sin humo  
en los invernaderos vacíos,  
todo se desata cuando el porvenir  
se disipa, el presente se disipa,  
las caras, aún las más amadas, se esfuman,  
cuando la exploración acaba en el desierto,  
todo se inicia cuando no queda follaje,  
ni vuelo de ave, ni panes,  
en el más crudo invierno,  
en la más cerrada castidad,  
en las ruedas hundidas en el barro,  
en el desmayo de la invención,  
en el fracaso del cálculo,  
en la ceguera, en el exilio,  
cuando sólo nos miran los animales, las estrellas.



*But what his mother was returns and cries on his breast.*

WALLACE STEVENS,  
*World Without Peculiarity*

Ahora que todo sucedió, ¿dónde  
rencontrarla que no sea abajo y en lo oscuro?  
Hablo y pregunto hacia el vasto dominio subterráneo,  
responde por ella el consuelo,  
que vale menos que una hoja seca, una rama seca;  
¿cómo pensarla ahora, cómo asumir  
esta hora que sobrevino a la hora desnuda y ciega,  
cuando todavía hay quien augura resurrección  
bajo bandadas que extravían su rumbo  
y se precipitan? ¿Dónde  
para ella el alimento prometido,  
fulgente y constelado, el andar veloz,  
sin tutela, hasta el mar primero,  
el idioma último, su anchura, aliento y médula?  
Lo sé, soy humano y todo se volvió remoto,  
inhumano, por más que me prodigue  
hay una flamante y desconocida especie  
que, por frío y abandono, no me justifica;  
¿qué acude en este momento a peinarla,  
a salvarla del rocío, el hambre?  
Imagino: recién llegó y tiembla,

no sabe todavía ni deletrear  
eso nuevo que la acoge, pliegue  
dentro de pliegue, vibración incesante que reposa;  
¿qué es este abril que concluye,  
que no me trae como antes oro en espejo,  
breve calor que se adormece  
a salvo de compás y atributo,  
por qué debo ahora cargar con aceite  
las lámparas para que iluminen,  
respirar para no ahogarme,  
girar la llave para que la puerta se abra?

(27 abril-1 mayo, 2009)

*AH! LE POÈTE écrit pour le vide des cieux...*

PIERRE JEAN JOUVE

Desde el follaje, el constante árbol sombrío.  
El niño no se apiada y se extravía en el agua.  
Se apaga, se cierra con su secreto.  
Para la santidad basta con un silencio espeso.  
Para matar basta con un color, ocre o bermejo.  
Rodean la ciudad, la devastan e incendian.  
Lo profundo se divide y la pesca no se inicia.  
Recogerán pañuelos donde nada perdura.  
Habrá, seguro, un ojo caído y un No entre llanto y sangre.  
Un humo erróneo, sin fuego.  
Un padre tallado en bronce, eterno e inmóvil.  
Una cal de la China, un siglo sin tu sexo.  
El arco se tensa, la flecha se parte.  
Se rompe la respuesta contra el metal del eco.  
El corazón es inhábil, todo pájaro naufraga.  
Un vacío al que sólo acuden el tiempo y los motores.  
Un lenguaje al que tal vez sólo yo conozca.  
O conozcan ciertos y raros animales, los muertos.

En vez de menguar, crece.  
Qué anida en él. Qué lo nutre y sostiene.  
Pienso en un espejo partido,  
en un fármaco que no cura,  
en una luz que sólo alumbra y no asiste.  
Ante él, toda criatura inmóvil,  
el ahogo del nadador, el bocado de la sal,  
cuanto se zambulle y no reaparece;  
hubo un pasado de cuartos secretos,  
allí, amante y amada, lejos  
uno del otro, arqueados y convulsos.  
Qué de eso se estira hasta encontrarnos.  
Y dónde nos encuentra, cómo,  
por qué vía, a través de qué éter, qué silencio.

¿Le importa a la marea que carcome  
la escollera, a la medusa que habita en lo profundo,  
a la grasa que arde en la sartén,  
a las algas, a la lava? ¿Le importa  
a las púas, al reloj, a la humedad  
en la casa, a la cúpula en la niebla, a la niebla?  
¿Le importa a la belladona, al estarcido,  
al cometa, al salitre, a la piedra en bruto  
o tallada, al fuego, al agua?  
¿Le importa al zurcido, al polvo,  
al sonido, a la pala que abre camino  
o cava una tumba, al azul,  
a la huella en el barro, al dique, a los cardos?

Tal vez en el centro de cuanto observa,  
donde todo se reúne y se concentra;  
allí, quizás, el viajero que arriba sano a destino  
y el niño que entra al mar y no se ahoga.  
Allí, alimento y almohada.  
Una música sin instrumento.  
Tal vez en una escena que imagino,  
la mujer en lo alto de la escalera,  
el hombre al pie, llamándola  
por todos sus nombres, incluso los secretos.  
Entre uno y otro hay oscuridad  
y ninguno de los dos lleva una lámpara.  
Ella, ¿todavía recuerda su nombre?  
Él, ¿habla su misma lengua?  
Alfa y Omega, polo y polo,  
¿quién se duerme sobre el hilo que los une?  
¿quién, luego de dormir, despierta?

Tal vez en la chispa, en el fugaz resplandor,  
en la ola que llega o en la que se retira,  
en la conjetura, en la perplejidad,  
en el adiós desde el andén,  
en un papel plegado, en un vidrio húmedo,  
en una mujer que cruza la calle  
como si cruzara un prado cubierto de flores,  
en la palabra *extranjero*, en el polvo  
que se acumula sobre los muebles,  
en algún pasillo, en Tiziano o Van Eyck,  
en la sábana nupcial, en una camisa,  
a ras de tierra, bajo el agua clara u oscura,  
por droga o placebo, al cabo de horas  
o años o seis respiraciones de caballo o virgen,  
quizás por depuración, por saturación,  
por acumulación de cenizas,  
por la marca de un cuchillo en la madera,  
por ebriedad, por apetito, por fracaso,  
tal vez el viento, el mismo y eterno viento,  
más allá de la ventana,  
las mismas y eternas hierbas que se agitan...

*A Rubén Grau*

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa.  
Otro modo de saber qué nos mata  
o nos salva, cuál es el destino real del largo viaje  
en el que estamos desde siempre embarcados  
y que apenas si alcanzamos a entrever  
en los ojos de los otros,  
en el vuelo de los pájaros de rama en rama.  
Tiene que haber una manera diversa,  
un instrumento más allá de la brújula,  
el compás, el cronómetro;  
de la tierra lodosa, por fin, a tierra firme,  
del mero número al color y sabor del número,  
de la sangre en la tierra a la sangre,  
para siempre, purificada por la luz, el agua.



Quien destila anhela agua espesa,  
quien almuerza en el perfecto festín  
invoca a las cenizas, quien se arriesga  
en el infinito desea una pequeña casa,  
donde cada cosa esté a un paso de la otra.  
Oigo hasta el zumbido del insecto  
más remoto, pero la enfermedad está en mis oídos,  
espera con infinita paciencia manifestarse.  
Lámpara apagada en el vacío luminoso,  
vacío oscuro con una lámpara encendida:  
ya no sé si traigo vértigo o estrella fija,  
si soy flor tumbada en la arena,  
tal vez beato que se tiende en el camastro  
y sueña con espléndidos bodegones.

¿Por qué la aguja en lugar del abrazo,  
en qué círculo de qué infierno  
residen el imposible desnudo,  
la imposible dulzura? ¿Por qué  
nunca el rastro del caracol sobre el vidrio,  
el retorno del olvidado instrumento,  
otra casa para la infancia,  
el vuelo del colibrí antes de la noche?  
¿Hacia dónde la imploración,  
la analogía, el cansancio,  
lo que sentí puro, libre, a salvo?  
¿Nací yo de un vientre,  
como todos? ¿Cómo llegué a él  
si yo siempre carecí de piernas  
y adelante la dilatada selva?  
Entonces, ¿quién me llamó como me llamo  
y, al hacerlo, me lanzó  
a la tierra pelada, el fruto sin fibra  
en la boca? ¿Quién  
me dijo *éste es el Sol,*  
*ésta la Luna, ésas las estrellas*  
*y ésta, hijo, el agua que sacia*  
*y todo, todo, lo ocupa?*

Amanece como si anoheciera,  
como si alguien, desde arriba, derramara tinta;  
en este despertar del mundo  
hay fatiga y rotura, un grito de viajero  
contra los muros ciegos, el aire ciego.  
¿Hoy deberá cumplirse lo escrito,  
lo que dicen está escrito: la risa del idiota  
llevada por el viento a todas partes,  
al profundo basamento de la casa?  
¿Deberemos masticar barro  
como si de alimento se tratase,  
abrigarnos con escarcha,  
obtener un poco de oxígeno  
mientras se vuelve escombros  
lo que, sumergido, aguarda  
la lluvia dorada, el incendio?

¿En qué nos transfiguraré el tiempo?  
¿En frágiles ramas a las que el viento  
no demora en romper, en dos ciegos  
con la manos contraídas, en peregrinos  
hacia ninguna tierra prometida?  
Alrededor, mueren de cien muertes,  
y nacen hacia una única  
frágil y transitoria vida; se celebran  
fugaces bodas con el aserrín  
y el frío, y de nada parecen servir la experiencia,  
porque ya no hay pasado,  
el rito que promete algún modo  
de la felicidad, del consuelo.  
Te vi, alta y desnuda, antes de la tormenta.  
Me viste, desnudo, después del trueno.  
¿Qué seremos mañana,  
dentro de un rato? ¿Qué somos,  
si es que algo somos,  
madera o papel, restos de hojas y flores,  
cenizas de un fuego antiguo  
y anónimo, rostros que  
no logran definirse del todo  
y se esfuman cada atardecer  
como en la noche se esfuman  
los reflejos, las ropas, las respuestas?

Anónimo, indescifrado, persiste  
por horas y días, años,  
y a cada momento se transfigura:  
sangre menstrual, llamas que se agitan,  
carbón, ámbar, camino, espejo, viento que se respira,  
libro, azucena, balsa hacia las Hespérides,  
esbozo de amada o serpiente,  
¿estrellas, nardos?, perfil y pulso,  
orilla nebulosa, relámpago...  
Incontables modos de lo mismo,  
sin origen ni autor precisos  
que nos afanamos en vano por conocer:  
mi rostro y el tuyo, la duda,  
la precisión, lo baladí y lo bello,  
los teatros en llamas,  
el peso del aire, la hierba, los frutos,  
la leña atada, un cincel, el idioma,  
cualquier artificio, Islandia, el milagro.

¿Quién pesa el aire cuando es viento?  
¿Quién tropieza contra la noche en el alba del deseo?  
¿Qué reclamar a los pescadores, a los náufragos?  
En lo que se desploma, ¿una fe de pulga, una jaula vacía?  
¿De qué lado el torrente y de qué lado tu mano en el agua?  
¿Hubo alguna vez árbol desatado, motor de amor en lo profundo?  
¿Hubo una vez cartas desde un faro, desde un molino?  
¿Qué une a la sílaba con el orégano, a la hormiga con la sinalefa?  
En lo que asciende, ¿sombra rompiente, niña tendida y desnuda?  
¿Qué despertará cuando truene, qué dormirá cuando deje de tronar?  
¿Y esa carta dada vuelta, ese dado todavía en la mano, ese  
Zodiaco irrevelado?

Hacia el timón  
más allá de la bruma, el espacio  
donde caben el hombre y su sombra  
por fin lleno y saciado de sí  
y de mundo. O, quizás, hacia  
una espuma fugaz  
en la superficie,  
una olla de carbones encendidos  
ante la peste que acecha.  
O, tal vez, hacia un leño encendido  
antes de que caiga al mar,  
el último aceite en la lámpara,  
el amor previo a la usura,  
el canto de los grillos  
en vísperas del Diluvio.

Habr  olvido en la tarde  
de las redes olvidadas  
y los botes quietos.  
Un olvido tejido con lana de animal  
hallado a la deriva y ciego.  
A esa hora se tumbar   
el poema, para siempre inconcluso;  
no quedará trabajo  
que culmine en ventura  
ni ventura que impregne  
al amor, despojado de s  y en fuga.  
Este día en el que respiramos  
precede a esa tarde, lo anuncia  
el reflejo de cada rostro  
en el agua turbia  
que casi todos suponen  
el espejo más perfecto.



Hacia dónde se dirige el agua de los días.  
Lo que soy, por entero delante de sus ojos.  
Al *uno, dos y tres* acude el mero consuelo,  
que sabe de la lluvia, pero no clava el puñal en el barro.  
Hacia dónde nadan los casi ahogados,  
sus espaldas de plata que en vez de salvarlos  
los sumerge. Y, al final, todo es número,  
proscripción para la única ala del único pájaro,  
viento ciego que sopla para música en casas de sordera.  
Lo que fui, abandonado entre candados y acordadas.  
Bajo la armadura, el desnudo.  
Entre desnudo y desnudo, el intersticio  
por el que se filtran todavía los ecos del juicio.  
La pala recoge helechos secos y amores secos  
y los que empujan miseria con sus huesos  
no hallan resarcimiento.  
Hacia el fósil, lo que cabe en una caja,  
el hijo que sólo será padre,  
el libro surcado de venas, el desfogue,  
el Zodiaco que miente, el breviario que no sostiene.  
¿Víspera? Yo diría que el después,  
un después del pie desnudo sobre la grava,  
sus ojos que me miran  
como si ya no quedara mundo  
o en el mundo quedase, apenas,  
una vida puesta del revés y sin dominio.

Desde este no, negación  
cortada a cuchillo, en grandes pedazos  
y servida para alimento de las sombras;  
trapo que cubre la boca,  
animal que se ahoga en agua  
que apenas cabe en un balde.  
Desde este ahogo, aunque  
haya aire, porque  
cada cosa se alza para ocultar,  
cada ser se alza para ser ocultado.  
A quién alcanza el canto del gallo.  
A quién despojan de cielo.  
Porque el cielo no gira, la tierra no gira.  
Porque lo que muele, muele vacío.  
Brazo fibroso que se desploma.  
Pierna cortada a la altura del misterio.  
Y cuánto se moja de orines,  
cava en una carne de pulpo,  
enfila hacia duros empleos sin salario,  
tañe una campana de ceniza y polvo.  
Qué dicho en la hora muda.  
Qué oído en la matriz ciega,  
en la fina llama que a todo rasga  
sin que más allá del rasgón  
se perciba eje o médula de porvenir.

Lo supe por tus manos, una noche con sol:  
la raíz del ciclón, del escondido temor de la turba,  
del luminoso deseo del pez que nada río abajo;  
comprendí, entendí por fin, no  
fueron en vano el sudor, el desnudo,  
ni en vano fueron el cimiento de la casa,  
la ventana hacia los acantilados,  
la unión del alcohol y el azufre,  
el paso de las horas en papeles y tapices.  
Verde y bermejo, preciso  
entre el fluir del agua, a salvo  
en un amplio golfo,  
prolongado sueño que no desmaya,  
aceite que en la lámpara no se consume.  
Hubo un piano a orillas del mar,  
una luz rasante sobre la superficie  
que advertía del tenso amén sumergido.  
Magia esparcida, dorada  
vibración que un niño lee,  
con los ojos cerrados, al borde del camino.

Lo supe, ¿por qué lo olvidé?

Arcoiris de sucesivos grises hasta el negro:  
¿quien que da muerte podrá darte la vida?  
Ése camina sobre el agua, ¿para qué,  
si sabiendo nadar no nada  
y si no, no se ahoga? Se avecina  
lo esperado, lo inesperado,  
el gallo canta después del alba  
para anunciar que, pese a la luz,  
sigue siendo de noche. ¿Quién  
comprende, abre los ojos,  
entiende el porqué del golpe seco  
del amor como látigo  
contra el espejo? No  
logro darle un nombre  
a todo esto, una talla,  
una fórmula; sólo con aire  
no es posible lograr  
que alguien respire,  
pero, ¿qué otra cosa?  
Ahora estoy desnudo ante el silencio.  
Estás desnuda y el silencio  
te lleva en sus brazos  
más allá del número y su borde;  
no queda casa, plato, camisa,  
apenas cenizas de padre,  
que el viento, cruel o piadoso,  
ya dispersa.

Si estiro el brazo, tal vez alcance. Al menos roce  
esa materia jamás bruñida o cincelada,  
con la que jamás se hizo una copa,  
una bailarina, un códice. Si me extendo  
en sueños hacia donde más refulge,  
hacia donde más y mejor irradia.  
Pero, ¿qué veía o creyó ver Turner  
en el momento en que se abrían de golpe las ventanas?  
¿Qué encontró el hijo de Swansea  
en el amarillo y en el mar austero,  
luego de la primera muerte,  
por entre las parábolas del sol  
y las leyendas de las verdes capillas?  
¿Vino puro, antes de la lluvia?  
¿Garzas limpias de barro?  
¿Alta cúpula sobre cuya aguja hay un pájaro inmóvil?  
¿Pasarán ante mí un amor desatado,  
una nítida caligrafía con aspecto de nieve,  
un dorado sin error,  
un iris libre de mercurio?  
Pero, si me alargo, ¿y es sólo el engaño, el espejismo,  
un rocío de belladona, seis estratos  
de locura que creeré almohada,  
una edad que, antes de ser, ya será fósil?

*A Liliana Golubinsky*

El Gran Nudo se desata. El hilo  
se extiende hacia una espuma anterior a toda espuma,  
hacia lo labrado por ningún labrador  
en una jornada anterior a años y horas.  
Metal que ya no cincela, ningún ala  
para la espalda inmóvil, desconsuelo del aire  
y del agua, del aire que no conduce el sonido,  
del agua que no traga ahogados  
ni atrae a los sedientos. ¿Qué éramos entonces,  
en esa música enmudecida  
sino delgadas sombras sin soplo en las narices,  
cuerpos vacíos de anhelo, desmayos de llaves  
frente a puertas carentes de bisagras y cerraduras?  
Apenas un viento que sopla sobre la superficie,  
de lado a lado, sin testigos.

(Puerto de Santos, 13 enero, 2009)

*A Christian Gustavo Binderfeld*

Poseído, libre, a mis ojos se abre  
el mar y respiro del mundo el primer eco  
y percibo más allá del yodo figura  
y ganancia de locura, de amor;  
qué breve el sentido, qué ancha el alba,  
y qué suave martillo el que golpea  
la cabeza cuando en ella todo es sueño, verdad.  
A una pulgada, el asilo.  
A una centésima, el hospicio.  
Qué zumba en el oído cuando no hay olvido,  
cuando la escena encuentra precisión en cada acto;  
ahora descalzo en el ensalmo, el hechizo,  
la santa guadaña profana el agua  
para hacerla sábana que envuelve,  
de a poco, a los desnudos.  
Limpio, tatuado, adelgazo  
hacia el origen, el final,  
me inclino sobre una luz hembra,  
sobre un amplio y justo diluvio  
que sepulta a todos menos a niños y vírgenes.  
A un paso, los firmes astilleros.  
A dos pasos, el tembloroso verbo  
que abraza al relámpago;

que vibra cuando el zorzal  
huye de los dientes del perro,  
vuela hacia donde Adán escarba dos veces la tierra  
antes de plantar en cada hoyo  
un azahar y un licopodio.



*A Liliana Herrero*

¿Y si pierdo la conciencia? Resbalo  
hacia lo inefable con mirada de cordera,  
envuelto en polen seco, seca  
mi boca desde la que se ausenta todo verbo  
desde aarónico hasta zurubí.  
Por el canal más estrecho, un pez sin ojos.  
Por el canal más ancho, un ciervo sin ojos.  
¿Y si pierdo el brazo derecho? Río  
con risa sin causa, lloro  
con llanto sin razón, acabado el libro  
y conducido el niño al sacrificio;  
sin cimiento, todo debe ser apuntalado  
en medio de la tempestad,  
nadie está desnudo,  
nadie disipa el humo  
para ver lo que arde, casa o zarza.  
¿Y si retrocedo vidas hasta la almeja? Apoyo  
un dedo en la sal; algo,  
desde alguna parte, confirma  
al mundo lo inútil de ese gesto;  
más vale dejar que se retire  
lo que deba retirarse  
y acuda lo que deba acudir,

resuelta en hilos la alegoría  
y de esos hilos sostenida sobre noche y abismo  
lo que llaman alma y yo,  
respiración de buey  
que sabe de agua y sed y el resto lo ignora.

## Índice

- 7      *Adiós a un sueño, no se hace*  
8      *Todo comienza cuando no hay perdón*  
9      *Ahora que todo sucedió, ¿dónde?*  
11     *Desde el follaje, el constante árbol sombrío*  
12     *En vez de menguar, crece*  
13     *¿Le importa a la marea que carcome?*  
14     *Tal vez en el centro de cuanto observa*  
15     *Tal vez en la chispa, en el fugaz resplandor*  
16     *Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa*  
17     *Quien destila anhela agua espesa*  
18     *¿Por qué la aguja en lugar del abrazo?*  
19     *Amanece como si anocheciera*  
20     *¿En qué nos transfigurará el tiempo?*  
21     *Anónimo, indescifrado, persiste*  
22     *¿Quién pesa el aire cuando es viento?*  
23     *Hacia el timón*  
24     *Habrà olvido en la tarde*  
25     *Hacia dónde se dirige el agua de los días*  
26     *Desde este no, negación*  
27     *Lo supe por tus manos, una noche con sol*  
28     *Arcoiris de sucesivos grises hasta el negro*  
29     *Si estiro el brazo, tal vez alcance. Al menos roce*  
30     *El Gran Nudo se desata. El hilo*  
31     *Poséído, libre, a mis ojos se abre*  
33     *¿Y si pierdo la conciencia? Resbalo*



Esta  
primera edición de

*Cenizas del mediodía*

fue impresa en los talleres de Editorial Praxis,  
Vértiz 185-000, col. Doctores, del. Cuauhté-  
moc, 06720, México, DF, en enero de 2009.

La composición tipográfica se hizo en Ado-  
be Garamond Pro de 32 a 8 puntos. El  
tiro, sobre ahuesado de 44.5 kg,  
es de 1000 ejemplares.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.





